

La Colmena *Pliego de Poesía*

ADALBER SALAS HERNÁNDEZ

LENGUA EXTRANJERA



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Número 87 • julio-septiembre de 2015

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: *Tübingen Neckarfront* (2003).

FOTOGRAFÍA: Andreas Praefcke.

Utilizada bajo licencia CC BY 3.0

MAQUETACIÓN: Paola Aranda Delgado

Pliego de Poesía, núm. 87, julio-septiembre de 2015, es una separata de **La Colmena**, que es publicada, distribuida y editada trimestralmente por la Universidad Autónoma del Estado de México a través de su Secretaría de Difusión Cultural. Av. Instituto Literario No. 100 ote., col. Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, Tels.: (722) 277 3835 y 277 3836, <http://www.uaemex.mx/plin/colmena/home.html>, lacolmena@uaemex.mx. Editor responsable: Juan Carlos Carmona Sandoval. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2000-012811362600-102, ISSN: 1405-6313, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Licitud de Título No. 8133 y Licitud de Contenido No. 5763, otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Litográfica Dorantes, S. A. de C. V., Oriente 241 A N.28 bis. Col. Agrícola Oriental, Deleg. Iztacalco, México, DF., tel. 5700 3534. Este número se terminó de imprimir el 30 de agosto de 2015 con un tiraje de 500 ejemplares. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento 2.5 México de *Creative Commons*. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx/>.

I

(Tubinga, un mes cualquiera)

Nunca he estado en Tubinga,
ni he caminado junto a sus aguas y sus
casas. No sabría decir cómo llegar
a la torre donde Hölderlin firmaba
los poemas que Celan escribiría mucho
después, en un alemán que era como
una región desasida del espacio, peleada
con el tiempo, un territorio de encabalga-
mientos inesperados, de cesuras y ojos
implacables. Nunca aprendí a hablar alemán,
no tengo el pasaporte que me permitiría
transitar ese país de sílabas encandiladas
y videntes, fundado tan sólo por
dos personas, esa nación no declarada, de
contrabando, que multiplica sus sombras
con cada nueva traducción. Si me dejaran
varado en Tubinga, no sabría decir
siquiera el nombre del lugar, no
sabría decir Tübin-

Tübin-
Tübingen.

La palabra me mordería la lengua.
Palabra cocodrilo de aguas imprevistas,
serpiente de los mares que se encharcan
sommolientos, sonoros, bajo el paladar.
Palabra hambrienta de bocas
que la pronuncien. Tü-bin-
gen. Tü-bin-gen. Tü-
se enrosca detrás de los labios, pone
huevos en la oscuridad de la saliva,
en el nido inquieto de la voz. Nunca
he estado en esta palabra, no sabría
decir cómo llegar a ella, ni a la torre,
ni a la tierra que guarda el poema
cuando lo que resta es tiempo de penuria.



Detalle de Rathaus mit Marktplatz, Tübingen (s/f) Fotografia: Alexander Gonschior
<https://www.tuebingen.de/1629.html#1638>

II

No sé para qué sirve la cuenta de la memoria, qué gano con hacer inventario, con prestar atención a la salmodia áspera de los días cuando rasga las ventanas y se deja oír en las articulaciones porosas y se derrama y se cuele bajo la puerta, ensuciando la alfombra. La materia de lo vivido no es eco-friendly, no es reciclable ni redimible. Allí están las uñas cortadas, los dientes de leche, los pellejos arrancados con diligencia, la ropa amnésica, el sudor, la tinta invisible del cuerpo, la entraña sílaba abierta de la sangre menstrual, el semen seco hecho cicatriz de sal sobre la sábana. Los frutos exactos de las horas. Ya lo dejaron dicho todos los mártires y santos del cansancio: la materia de lo vivido, insistente, opaca, es la única prueba de que este mundo existe, aunque esté repleto de argumentos en contra. Lo que se gasta, pero no se mide. Lo que somos, pero no nos pertenece. Lo que nos roban las ratas mientras dormimos, las migajas y los grumos como coágulos breves fermentados en el sueño. La piel, esa agua delgada que todos navegan con el mismo miedo, la piel conoce todo lo que sobra y con ese sedimento hace la crónica ilegible de la vida. No hay que sacar la cuenta, ahí está, en ese alfabeto ronco que hace nuestra confesión, ese registro cuyo saldo nadie sabe balancear.



Fuente de Neptuno, Tübingen (2014) Fotografía: avhinojosa
<http://es.wikiloc.com/wikiloc/imgServer.do?id=4205593>

III

La lengua que hablo está hecha de preguntas defectuosas, de frases truncas, recurrentes. Cada día tocan la puerta pidiendo algo de comer, amenazando con romperme los dientes. No sabe bien de dónde proviene; tampoco le interesa: lengua materna, lengua paterna, todo es lo mismo para ella.

Entra con sus muletas y llena de tierra la casa. No tiene modales en la mesa, no sonrío mientras escucha cómo me quejo. Mi lengua no tiene piedad conmigo. Me visita porque está agotada, porque necesita un plato y una cama. Viene, se echa y me ignora; se hace amiga de los ratones, las hormigas, las cucarachas que se esconden en los rincones, bajo los muebles. Recoge sus historias, las dibuja en el polvo con su dedo flaco, junto a las macetas llenas de cigarros a medio fumar.

Mi lengua no tiene sacramentos ni milagros. Cree que los necesita para cubrir su desnudez, pero no es cierto. Cree también que para orar basta con palparse, con sentir el propio peso halándonos hacia el centro dormido de la tierra.

Está obsesionada con la exactitud escandalosa del hambre, cómo nos va deshaciendo poco a poco, cómo nos va buscando los huesos. Quisiera despojarse de sí, ser grafiti o valla publicitaria o garabato sobre el cemento fresco. Quisiera maldecir y blasfemar con propiedad, pero eso tampoco le ha sido dado.

Mi lengua nunca desearía que en ella se escribieran los versos más tristes, ni esta noche ni ninguna otra. No le interesan los hábitos de apareamiento de las violondrinas y los goloncelos. Para

ella la marmédula es algo que se consigue
en el supermercado, viene en sobres
y se le echa a la sopa.

Mi lengua nunca ha sabido parecerse
a sí misma. Está hecha de palabras que
se despiden apenas llegan. En ella,
todas las figuras son cuerpos encandilados,
todas las cosas se encorvan como si la luz
quisiera estrujarlas. Habla con impaciencia
y se me queda mirando: en ese momento somos
los dos habitantes de un continente rodeado
por aguas que no duermen.

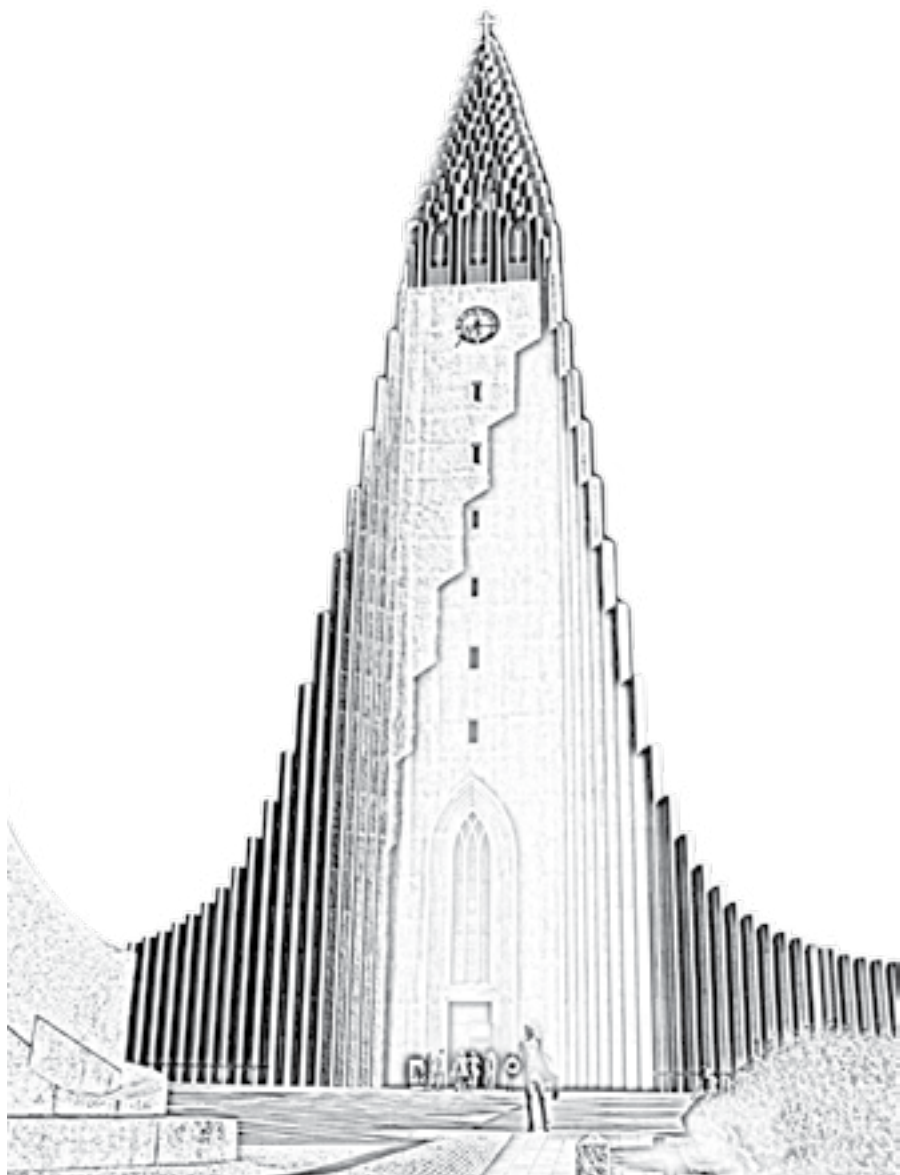


Hólderlinterium, Tübingen (2005). Fotografía: Thomgoe. Utilizada bajo licencia CC BY 3.0

IV

(Islandia)

Soy del trópico: apenas entiendo la nieve.
Me costó años descubrir que es la forma menos
amorosa del sueño. Tardé en comprender que
no es un lenguaje secreto, que no tiene misterios:
detrás de su blanco sólo hay más blanco,
un hambre plana que nadie ha sabido
dibujar, una mano furtiva que hurta
transeúntes desprevenidos cuando nadie la ve.
Recibí esta nieve como quien recibe las llaves
de una casa que no existe. Y por encima de tanta
blancura atea, ese sol sin orgullo, que no cuida
de nadie. Al menos el sol del trópico vela por la sed
que rasga la garganta, regala ese sudor metálico
que nos destiñe el nombre, que presiona
la frente con el peso de una promesa, sol
que muele la mirada con sus nudillos. Aquí
la palabra sol no me recuerda nada. No
lleva un ojo encandilado por dentro, un cielo
pupila cóncava. No contiene musgo iluminado, no
enciende a contraluz otros vocablos. La palabra sol
se me escurre de la boca, se seca incómoda en
la comisura de los labios. No se arrastra por el cielo,
no me despierta golpeando su martillo claro
contra la campana de mi cráneo. Los techos pálidos,
las calles que se extienden sin saber a dónde,
el santo y seña de los guantes y los abrigos, sigo
sin dominar estas maneras. Camino con
cuidado, a la manera de quien oye voces a
medias y sabe que le hablan, pero no en qué
idioma. Conmigo, siempre, este frío
como un pan sin dueño.



*Hallgrímskirkja, Lutheran (Church of Iceland) (2010). Fotografía: Someone35.
Utilizada bajo licencia CC BY 3.0*

V

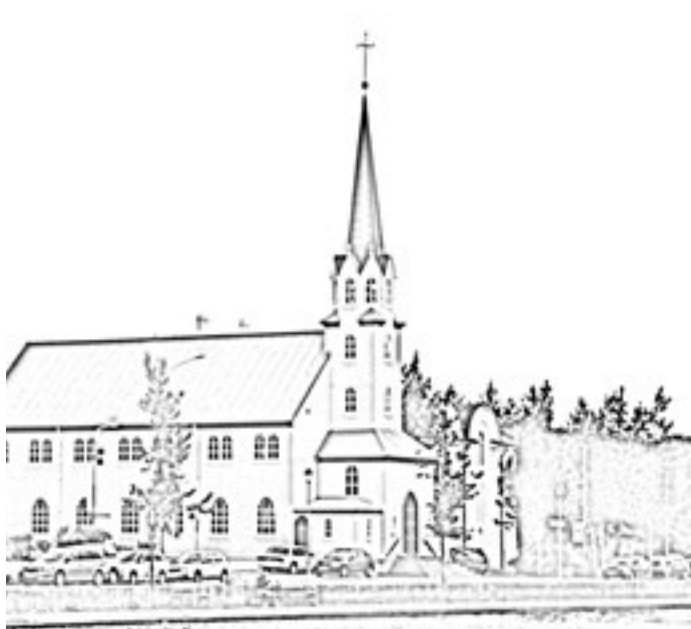
Los ruidos vuelven cada madrugada, más o menos a las tres, tres y media. Chasquidos leves, rasguños, sonido de mínimos huesos que se rompen. Las ratas conversan detrás de la pared. Nunca las veo, solamente las oigo andar y trabajar en la oscuridad intravenosa que media entre mi apartamento y el del vecino. Las adivino yendo de un lado a otro, frenéticas, recorriendo esa geografía provisional, construyendo pasillos, túneles, depósitos, una ciudad tubular, un sistema circulatorio para la noche. Y, todo el rato, ese idioma. Las ratas tienen una lengua hecha con trozos de plástico y aserrín, de grumos y palabras que nos han ido hurtando durante siglos, que no hemos vuelto a pronunciar desde entonces. Palabras de todas las lenguas habladas alguna vez. Por eso no importa dónde estemos, los chillidos de las ratas suenan a recuerdos de infancia.

Han sobrevivido cada guerra, cada catástrofe, el derrumbe de todos los imperios interminables. Pero no sabemos reconocer sus virtudes: las artesanas de la caducidad están solas. No se ha escrito en alemán algún relato en el cual un hombre despierte convertido en una monstruosa rata. Francisco de Asís las olvidó en sus prédicas. Prefería los pájaros, los lobos, los peces de garganta seca. Nadie se ha tomado la molestia de sermonearles o convertirlas a esta o aquella fe. No sabemos si creen en la existencia del alma y si acaso nos consideran merecedores de una. Sabemos, eso sí, que entierran a sus muertos bajo nuestros colchones.

No permiten que las vea. Sin embargo, cada mañana encuentro señales en los rincones, testimonios en forma de heces puntuales, alargadas como una caligrafía. Puede que sean fragmentos autobiográficos de alguna de ellas, o la historia anónima de toda la comunidad, un relato que se estire desde la

creación del mundo hasta el fin de los tiempos, hasta la última cocina sucia, el último bote de basura. O quizás estos montoncitos de mierda tan cuidadosamente alineados sean el lamento de una rata desesperada porque la carne es triste y ya ha leído todos los libros.

Cuando duermo, sueño que una de ellas, siempre la misma, se monta sobre la cama y trota hasta mi pecho. El torso está abierto: la rata acerca sus ojos, sus dientes nerviosos, a mis pulmones. Los examina con cuidado, los huele y luego se va, arrastrando la cola desnuda entre las sábanas. Allí los deja, expuestos, inflados, dos sacos llenos de aire y espera tibia.



Frikirkjan-reykjavik (2008). Fotografía: Luc Van Braekel.
Utilizada bajo licencia CC BY 2.0

VI

En horas de la mañana del pasado domingo, el personal entero de la morgue de Colinas de Bello Monte abandonó súbitamente las instalaciones de dicha institución, según informa la Dirección Nacional de Ciencias Forenses. Testigos afirman que algunos de los empleados gritaban o corrían sin dirección clara. Poco más tarde, ese mismo día, se apersonaron frente al edificio funcionarios del CICPC, acompañados por diversos expertos y profesores ilustres de la Escuela de Medicina de la Universidad Central de Venezuela, junto a un coronel de la Guardia Nacional, dos médiums, un cura joven y otro viejo, cinco babalaos. Tras pasar un rato dentro de la morgue, atravesaron las puertas a duras penas y declararon ante este y otros medios de comunicación: durante la madrugada, los difuntos recientemente ingresados a la institución habían retornado a la vida y deseaban hacer valer su calidad de ciudadanos de la República. Ese mismo día y los inmediatamente posteriores, acontecimientos similares tuvieron lugar en todos los cementerios e instalaciones forenses del país. Los muertos, ojerosos y dóciles, se han congregado poco a poco desde entonces. Sin escatimar esfuerzos o recursos, han conseguido conformar una organización sin fines de lucro, la Agencia para la Protección y el Desarrollo de los Cuerpos en Descomposición, la APRODECUD. A través de una campaña de manifestaciones pacíficas y marchas, pretenden lograr el reconocimiento oficial de sus derechos civiles y el establecimiento de un escaño permanente para ellos en la Asamblea Nacional. El Ejecutivo se ha pronunciado favorablemente, ordenando a toda prisa la creación del Ministerio del Poder Popular para las Relaciones Póstumas. La Iglesia, además de revocar un par de bulas papales, ha guardado silencio. Diversos cultos religiosos han declarado el fin de los tiempos, pero los difuntos mismos parecen un tanto

aburridos por la idea. Aunque apenas ha transcurrido una semana desde que iniciaron los sucesos, la APRODECUD ha emitido un comunicado en el que informa a la población nacional —con pulso— que los muertos se niegan a cerrar los ojos, a ser inscritos en el libro de las desapariciones. Empezando con la frase “¡Difuntos del mundo, uníos!”, dicho documento insta a los vivos a reconocer su valía como miembros de la patria y a admitirlos como elementos valiosos —“vitales”, se lee— para la comunidad. Se refiere con detalle al más allá, lo describe como un lugar empobrecido, sobrepoblado, un mal destino turístico donde las almas en pena se ven obligadas a realizar largas colas para conseguir los bienes más elementales. Dada la exorbitante devaluación de la eternidad, resulta casi imposible comprar nada con la moneda del reino, los dientes que cada quien lleva consigo desde el momento de su muerte. De igual modo, el comunicado enumera una serie de exigencias que la comunidad de difuntos plantea a los habitantes del más acá; entre ellas se destacan la censura de las películas de zombis, por considerarlas injustamente discriminatorias y promotoras del odio, así como un cambio en la ortografía de la lengua española: la introducción de dos nuevas tildes en la palabra *cadáver*, de manera que se escriba *cádávér*, con tres tajos precisos o tres heridas de bala, pues consideran que así la palabra representará con mayor justicia a la colectividad. En una rueda de prensa dada con motivo del comunicado, el director de la APRODECUD ha insinuado que uno de ellos podría postularse como candidato para las próximas elecciones presidenciales. Expertos aseguran que, según las últimas encuestas, pronto el país podría hallarse gobernado por un muerto.

ADALBER SALAS HERNÁNDEZ. Caracas, 1987. Poeta, ensayista, traductor. Autor de los poemarios *La arena, el vidrio* (Editorial Equinoccio, 2008; Ediciones del Movimiento, 2015), *Extranjero* (bid&co. editor, 2010; Común Presencia, 2012), *Suturas* (bid&co. editor, 2011) y *Heredar la tierra* (Común Presencia, 2013). Asimismo, ha publicado el volumen *Insomnios. Ensayos sobre poesía venezolana* (bid&co. editor, 2013). Ganador del XXXVI Premio de Poesía Arcipreste de Hita por el volumen *Salvoconducto* (Valencia, Pre-Textos, 2015). También es coautor del libro *Los días pasan y las formas regresan* en torno a la obra del escultor Harry Abend. Han sido publicadas sus traducciones de *El hombre atlántico*, *Agatha y Savannah Bay*, libros de Marguerite Duras, *Artaudlogía*, selección de textos de Antonin Artaud, y *Elogio de la creolidad* de Bernabé, Chamoiseau y Confiant. Junto con Alejandro Sebastiani Verlezza curó la antología *Poetas venezolanos contemporáneos. Tramas cruzadas, destinos comunes*. Actualmente se desempeña como Co-Director de bid&co. editor, como miembro permanente del consejo de redacción de la revista *Poesía* de la Universidad de Carabobo.



UAEM

Universidad Autónoma
del Estado de México



SGC - UAEM
ISO 9001:2008

